

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año X

San Salvador, Centro América—Setiembre de 1955

Número
97

ORIENTACION

¡Respeto a la persona!

DESPERSONALIZACION A LA VISTA

No volvamos atrás la mirada para hablar de las matanzas, los éxodos y deportaciones de la pasada guerra, ni de los millones masificados en los países sujetos al comunismo. Tampoco hablemos de los centenares de miles de personas que no tienen donde guarecerse o se hacinan en una covacha de lata o en un mesón infecto.

La despersonalización reviste muchas otras formas, no por más corrientes menos significativas.

La prensa parece recrearse en informarnos cada día de robos, asesinatos, vejaciones y violaciones a mansalva.

Es un espectáculo frecuente entre nosotros el de los ebrios tirados por las calles y a la vera de los caminos.

Se nos amontona en los autobuses como si fuéramos animales.

Allí donde parece que la persona se recoge toda entera para tratar sus asuntos con Dios, en el templo, viene a dis-traernos el altoparlante, es decir a seccionarnos entre Dios y el anuncio farmacéutico o la aritmia del mambo.

La entrada en determinados ambientes o sociedades tiene que ser a costa de disimular o negar las más firmes convicciones sociales, patrióticas o religiosas.

Infinidad de clínicas médicas se han convertido hoy en laboratorios de mutilación personal y de supresión de personalidades.

Las urnas electorales, retóricamente calificadas de "sagrados depósitos de la soberanía popular", descienden con demasiada frecuencia a la categoría de cestos de papeles rotos.

Hasta en el lecho de muerte y precisamente en el lecho de muerte se procura hoy más que en ningún otro tiempo despersonalizar al moribundo cuando su personalidad pudiera alcanzar los más altos niveles axiológicos, o dicho más sencillamente, sus méritos más preclados y aun conquistar la posesión de feliz de su eterno destino.

¿Qué de extraño que en tal ambiente abunde el tipo del hombre total o parcialmente despersonalizado?

A este tipo pertenecen los hombres y mujeres que no discurren por cuenta propia, que nunca llegan a tener convicciones firmes, máxime en las cuestiones más fundamentales para orientar y afirmar la dirección de sus vidas. Consecuentemente tiene que flaquear la voluntad y ha de ser débil y tornadizo el uso de su libertad que se dejará arrastrar o cohibir por el miedo o el entusiasmo pasajero, el qué dirán o la moda, lo que dice el periódico o el nuevo profeta o agitador social. Sin luz ni lastre en su interior, muchas veces serán víctimas de sus propios instintos en combinación con las seducciones exteriores o pasarán su vida de una manera aforma, anodina, en una palabra impersonal.

En términos bíblicos tales hombres y mujeres podrían ser clasificados de nubes sin agua llevadas de aquí para allí por los vientos, exhalaciones errantes, árboles sin raíces, árboles otoñales o sin frutos. Desprovistos del espíritu de Dios, su misma inconstancia los puede llevar a ser sensuales, a dejarse arrastrar de sus pasiones abandonando el camino recto de la razón y de la virtud y hasta puede parar en abusadores de cuanto alcanzan por los sentidos, esclavos de su propia corrupción, blasfemadores de lo que no conocen, tinieblas agitados por torbellinos o lo que es equivalente: revolucionarios que amenazan con envolver en la vorágine de ciegas y arrasadoras trombas a individuos y pueblos.

QUE ES PERSONA; SU DIGNIDAD

Persona es algo más que cosa, planta o animal. A todos estos seres para ser persona les falta la espiritualidad que en el hombre se muestra por su racionalidad y su libre voluntad.

Sólo los hombres en el mundo visible aparecemos revestidos con esos caracteres que subsistiendo o asentándose en nosotros de manera comunicada e incommunicable nos constituyen en el ser de personas. Y esto aunque no tengamos conciencia de nuestra espiritualidad. Basta que exista. Por eso los demones, aun los niños en el seno materno, son personas.

Con otras palabras: Somos personas porque somos individuos de alma espiritual, intelectual, libre e inmortal.

Pero siendo personas no siempre obramos como personas. Todos los actos puestos sin deliberación en plena inconsciencia son actos de un hombre, pero no lo son de una persona en cuanto tal. Los que nos distinguen como personas son los actos obrados bajo el influjo de la razón y de la libre voluntad

aunque algunas de ellos pertenezcan al orden sensitivo propio de los animales, pero que en el hombre inteligente y libre adquieren por estas cualidades una elevación particular. No son del mismo rango el comer de una persona y el de un animal y lo mismo tendríamos que decir de las demás operaciones que en alguna manera son comunes al hombre y al animal.

Nuestra dignidad de hombres radica en lo que tenemos de personas, es decir, en nuestro espíritu inteligente, libre e inmortal.

Por nuestra inteligencia estamos llamados a penetrar en la intimidad de los seres vedada al sentido, captar su contingencia, admirar el orden y la belleza que en ellos resplandece y ascender hasta el conocimiento de la primera causa subsistente en si misma, como fuente indeficiente del ser por excelencia perfectísimo, para reconocer nuestra entera dependencia de él.

Por nuestra libertad podemos acercarnos o separarnos de Dios, escogiendo y recorriendo el camino del bien o del mal bajo nuestra individual responsabilidad, hasta el término irrevocable, feliz o desgraciado, señalado por el Creador a nuestros propios méritos o deméritos.

Por nuestra inmortalidad trascendemos la especie y la sociedad de las cuales debemos nutrirnos y con las cuales debemos cooperar en pro del provecho propio y ajeno, pero sin poder anularnos ante ellos como simples medios. No somos puras cosas que se puedan usar y combinar al capricho de otros porque en todo y siempre debemos ir labrando nuestro propio y último destino, señalado según el quehacer de cada uno por Dios que está encima de todos.

Por eso en las instituciones de orden natural que en su mismo ser traen impresa la voluntad del Creador advertimos una tendencia totalmente personal. Así la familia y el Estado se originan con la finalidad ingenua de formar y desarrollar al hombre como persona que encuentre en su medio los elementos necesarios para la actuación y perfeccionamiento de su ser inteligente y libre y la consecución protegida de los fines que le son propios.

La persona por ser responsable, se encuentra en frase de un competente tratadista, "en la cúspide del mundo jurídico". "Todos los elementos jurídicos: sujeto de Derecho, norma o precepto, poder o facultad, deber u obligación, objeto y comunidad, o son la misma persona, o proceden de la persona o se ordenan a la persona. La persona es, pues, el epicentro de la vida jurídica". (Estudios de Deusto. En-Jun. 1955, 88).

Pero cuando en este ordenamiento jurídico la persona de hecho no es el epicentro receptor del bien común que motivó la formación de la comunidad sino una mera rueda sin libertad alguna de movimiento en favor de sus más nobles aspiraciones, enclavada en una maquinaria gobernada por unos pocos en provecho propio, entonces no puede menos de producirse la inquietud de quien se ve prostituido en su ser de persona, a menos de que la comunidad vaya convirtiéndose de sociedad humana en un hato o rebaño.

Para que una sociedad marche bien, se ha de fundar su constitución en el reconocimiento de lo que es la persona, fuente y a la vez meta de la vida social, y cuanto más democrática sea, mayor ha de ser la conciencia de la personalidad en cada uno de los ciudadanos y en las agrupaciones o corporaciones que la integren. De lo contrario pasará en masa informe manejado a su antojo por unos cuantos.

La dignidad innata que descubrimos en nosotros mismos por el hecho de ser inteligentes y libres, viene confirmada y sublimada hasta los confines de la divinidad por lo que el mismo Dios se ha dignado descubrirnos por la revelación positiva.

Nuestra alma es a manera de álito divino por el que de manera particular quedamos constituidos en imágenes de Dios. Sobre esto podemos participar de la vida divina que nos eleva a una dignidad incomparable por encima de lo natural. Un niño es tan digno de respeto que en frase de El Salvador "quien lo escandalizare, fuera mejor que fuese arrojado al mar atado a una rueda de molino". (Mt. 18, 6).

Si todas las cosas son para el hombre, vemos en la primera página de la Biblia, el hombre es para sólo Dios. "¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?" (Mt. 16, 26).

De qué nuestra radical independencia ante la que no sea Dios o no represente a Dios y a la vez de aquí también nuestra libre subordinación a cuanto sea Dios o represente a Dios. Aquí tiene su explicación el lema de la Sagrada Escritura: "El Señor es espíritu y donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad". (2 Cor. 3, 17).

El cristiano no reconoce fundamentalmente otro superior sino a Dios. Donde falta de todas maneras la representación de Dios, allí no se siente obligado a obedecer a ninguno. Si se sujeta a las leyes, tienen que ser justas o a lo menos tales que de su inobservancia procedan males reales mayores que los que proceden de su acatamiento, porque en esta misma regla ve la voluntad de Dios. Cuando es perseguido ve en la persecución la voluntad permisiva de Dios, pero sin perder su derecho de soslayarla o reaccionar en posición defensiva u ofensiva contra la maldad humana.

El "antes es necesario obedecer a Dios que a los hombres" del Príncipe de los apóstoles y sus compañeros (Act. 5, 29) sigue siendo la pauta de sus sucesores en el Pontificado y de todo cristiano.

Los mártires son los hombres libres por excelencia; buena prueba de ello la han dado en todos los tiempos y la están dando en los nuestros la confusión de vencido que ante ellos siente el perseguidor. Por eso se prefiere no hacer mártires y hacer impersonales por la droga, el error y la corrupción.

Es incalculable la deuda que la civilización tiene contraída con el cristianismo por su doctrina y actuación respecto a la persona humana. En la idea que de ella tiene, se funda su apostolado y su oposición irreductible a cuanto atente a su excelsa dignidad. Apenas nacido tuvo que vérselas con el totalitarismo pagano del imperio romano. En nuestros tiempos lo estamos viendo luchar en primera línea contra el comunismo, y hemos presenciado el desenlace de su pugna contra el nacismo que arrancó en 1939 del recientemente desaparecido Alberto Einstein el siguiente elogio: "La única que ha protestado contra la lucha que Hitler ha entablado contra la libertad, ha sido la Iglesia Católica. Hasta ahora no me había interesado nunca por la Iglesia, pero hoy le profeso una gran admiración y adhesión, pues sólo ella, ha tenido la valentía de luchar perseverantemente a favor del valor espiritual y de la libertad moral".

Y al recalcar que sólo ella fué la única que se supo enfrentar, es circunstancia digna de notarse que la contrapone expresamente a la actitud de la Universidad y los universitarios.

LOS ENEMIGOS DE LA PERSONA

Los datos de nuestro ser de personas nos ofrecen la idea de un ser que se recoge en un yo incomunicado e incommunicable, inteligente y libre y que en lo que tiene de espiritual ha de trascender los límites de este mundo visible. Cuando se oponga a estos datos en bloque o en particular, necesariamente tenderá a destruir a la persona. Primero será en el orden de las ideas; luego de las ideas se pasará a la realidad de los hechos que apuntábamos al principio y de otros que puedan sucederse mientras el mundo sea mundo.

Por de pronto toda forma de materialismo es contraria a la persona, que lo es tal precisamente por su espiritualidad. Bajo este aspecto adversan a la persona el materialismo y el fisiologismo los que no ven en la persona sino material físico química organizada de una manera especial, sin que ofrezcan explicación para la unidad simplicísima que existe en la conciencia humana. El asociacionismo para el que la persona sería el conjunto de actos unificados entre sí, tampoco da razón de la unidad del yo. El mismo Hume que llama a la conciencia un haz de percepciones, se reconoce incapaz de explicar su cohesión. El actualismo, lo mismo el de James, que el de Kruger, Max Scheller y Ortega Gasset que casi siempre va a la zaga de los alemanes, se esfuerza inútilmente por dar una explicación posible de la unidad del yo humano, de su actividad espiritual y de su identidad conservada a través de sus actos (V. Ismael Quiles, S. J. La Persona humana. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1952).

En un terreno más práctico, todas las formas de transformismo materialista contribuyen a rebajar la dignidad de la persona humana, porque sin nada de positivamente claro y cierto, "los materialistas de todas clases se han asido gustosamente a la teoría de la evolución esperando que les ayudara a explicar el universo sin necesidad de recurrir a la potencia, a la sabiduría y a la bondad de Dios; y no se han detenido ante el hombre, que entero —según ellos— entra en la serie interminable de los productos evolutivos de la materia cósmica" (Card. Ruffini 3 junio 1950).

El laicismo silenciando a Dios y a cuanto con El se relacione en la enseñanza y en la vida públicas, es a nuestro modo de ver el principal causante de la despersonalización actual, pese a sus esfuerzos por fomentar la moral independiente de Dios que llaman cultura cívica o laica. "El tan decantado laicismo, nos dice S. S. Pío XII, 20-10-39, sustrayendo al hombre, a la familia y al Estado del influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señales cada vez más claras, más palpables, más angustiosas de un paganismo corrompido y corruptor" que el Papa ve en espantoso simbolismo en aquellas tinieblas que "invadieron toda la tierra" mientras crucificaban a Jesús. (Mat. 27, 45).

Este laicismo lo hemos visto y lo estamos viendo operar en dos grandes movimientos, el liberalismo y el estatismo, que parecen divergentes pero que vienen a parar a un totalitarismo destructor de la dignidad de la persona humana. Para verlo no necesitamos intrincadas deducciones, basta abrir los ojos. El individuo sin Dios se cree un superhombre a lo Nietzsche y resulta un absolutista

del derecho y del dinero cuando no un loco. Y de él procede la idea del Estado-Dios de que en otra forma se aprovecha el Comunismo. "Renegando de Dios y del imperio de su ley —prosigue S. S. en el discurso citado— el poder civil por consecuencia ineluctable tiende a apropiarse aquella absoluta autonomía que sólo compete al Supremo Hacedor, tiende a hacer las veces del Omnipotente, elevando el Estado o la Colectividad a fin último de la vida, a último criterio del orden moral y jurídico, y prohibiendo consiguientemente, toda apelación a los principios de la razón natural y de la conciencia cristiana". La persona humana individual desaparece para convertirse en masa.

El laicismo que no quiere o es incapaz de elevar su mirada al Creador, principio, armonía y fin de cuanto existe, pretende sustituir el espíritu de Dios por el "espíritu técnico" para solución de todos los problemas y remedio de todos los males. Este espíritu técnico, una de tantas formas de materialismo, viene a ser la creencia de que nuestro bienestar y felicidad se cifra en el aprovechamiento y repartición de todas las posibilidades materiales que ofrece la tierra valiéndonos metódicamente de todos los recursos que el progreso ha puesto en nuestras manos.

La técnica nada tiene de reprobable, pero sucede con ella como con las cosas de este mundo, que enfrascándonos en ellas acaban por ahogarnos. El espíritu técnico impide al hombre de diversas maneras asomarse a los horizontes del espíritu que son los de la persona y aunque lo convierta en un gigante del mundo físico, en frase del Papa, lo deja muchas veces reducido a un pigmeo y una piltrafa en lo que a él mismo atañe en sus relaciones esenciales con Dios, sus semejantes y consigo mismo.

